

## EL COMPROMISO HUMANISTA: LEOPOLDO DE LUIS

Inmaculada García Haro

Leopoldo de Luis falleció a los 87 años el pasado 20 de noviembre de 2005. Su verdadero nombre era Leopoldo Urrutia de Luis, pero adoptó el apellido de su madre, Vicenta Luis Cea, para evitar ser reconocido por el régimen franquista. Formó parte de una saga de intelectuales y poetas; su padre fue Alejandro Urrutia, intelectual y abogado cordobés, poeta modernista y empresario y su hijo, Jorge Urrutia, fue, entre otras cosas, director académico del Instituto Cervantes. Además de su obra poética, una aportación muy interesante a la literatura fue su antología de la poesía social que, en 1965, consagró una tendencia de compromiso antifranquista y escritura crítica que aglutinó a poetas como Gabriel Celaya o Blas de Otero. Sin embargo, esta nómina se convirtió en el certificado de defunción de esta corriente pues vio la luz cuando el esteticismo de los novísimos llamaba a la puerta y, además, el propio antólogo no aparece por pudor y respeto.

Leopoldo de Luis nace en Córdoba en mayo de 1918. Se traslada pronto a Valladolid donde el futuro poeta vivió hasta que marchó a Madrid para acabar el bachillerato en el Liceo Francés, viviendo en la sección de menores de la Residencia de Estudiantes. La ruina familiar lo obligó a trabajar mientras empezaba unos nunca concluidos estudios de letras, en un puesto burocrático de la empresa privada.

Su vida quedó marcada por la guerra civil en la que participó de lleno. Con 18 años fue soldado republicano con todas sus consecuencias. Allí conoció a Miguel Hernández y a Rafael Múgica, verdadero nombre de Gabriel Celaya. Autor de romances de urgencia, como le gustaba ser llamado, pasó por la cautividad en la posguerra (plaza de toros de Ciudad Real y penal de Ocaña), así como por los batallones de trabajadores del Franquismo en el Campo de Gibraltar; así estuvo entre 1939 y 1942, en que fue liberado.

*Mi juventud ha sido fusilada. / No se fusila nunca a un hombre solo, / caen poco a poco nuestras propias vidas. / Miro de forma extraña, si os dais cuenta; / desde la muerte miro de los otros, / desde mi muerte en cada uno de ellos.* Estos versos se incluyen en *Juego Limpio* y son el autorretrato de un hombre cuya vocación eran las leyes y la enseñanza y se conformó con que su padre fuera abogado y su hijo profesor pero que dejó una abundante obra literaria que testimoniaba su vocación humanista y social.

Estuvo empleado en una compañía de seguros en los primeros años de la posguerra y pronto se volcó en la literatura donde su trabajo como antólogo y crítico eclipsó su propia labor como poeta. La obra de Antonio Machado, Vicente Aleixandre o Miguel Hernández fueron objeto de pasión para el autor,

toda una vida dedicada a la poesía que tuvo su reconocimiento en numerosos premios y distinciones, que culminó con la concesión, en 2003, del Premio Nacional de las Letras Españolas que reconocía esta doble vertiente. Ese mismo año la editorial Visor reunió en dos tomos la ingente obra poética de un autor que, desde que en 1946 publicara *Alba de hijo*, cultivó una poesía crítica de corte existencial en la que el sentimiento individual busca el diálogo con la vivencia colectiva. Con títulos como *Tiempo sombrío* o *Igual que guantes grises*, fue también Premio Nacional de Literatura en 1979. Consciente de la escasa mejoría del mundo sus últimos poemas (*Del temor y de la miseria*) vivió con el deseo que recoge la Declaración Universal de Derechos Humanos se cumpliera y de que los hombres, liberados del miedo y la pobreza, “disfruten de libertad”. Los siguientes versos delatan un alma poética, entrañable y humana:

*Con los míos estoy. He aquí mis cartas,  
descubro claramente el juego:  
miro la realidad y a este costado  
se me inclina la voz por donde muero,*

*por donde el corazón ligeramente  
me vence cada día con su peso  
y una pequeña herida hacia la tierra  
me va sangrando el verso.*

*Entre estas manos con que escribo cabe  
acumulado todo lo que tengo,  
todo lo que sostiene el breve mundo  
querido que defiende.*

*Cada mañana pongo a flote el barco  
que se fue a pique en la tiniebla, el lienzo  
de las velas coloco... (Cada día  
el barco queda un poco más adentro).*

*Soporto humanamente, como cada  
uno, mi propio muerto,  
y procuro que no me toque nadie  
el hedor de este triste compañero.*

*No me resigno a que las cosas vayan  
por la tierra peor que por el cielo.  
Para cumplir con mi verdad escribo.  
(Perdón si soy modesto.)*

Pero para conocer en profundidad la personalidad de Leopoldo de Luis hay que ahondar en otros personajes de su genealogía. Un año antes de su muerte, Leopoldo de Luis supo que Francisco Umbral era su hermano, hijo natural de Ana María Pérez Martínez, secretaria de Alejandro Urrutia en Valladolid. Dos años después falleció Francisco Umbral. Cuando Jorge Urrutia fue al tanatorio María España le abrazó y le dijo: “Tú eras el que más quería”.

Alejandro Urrutia, padre de Leopoldo de Luis y Francisco Umbral, fue un intelectual y abogado cordobés, poeta perteneciente al movimiento modernista. Fue el primero en escribir en España sobre Antonio Machado. Era extravagante y un lector empedernido. En la casa familiar, su esposa dormía en la misma habitación que su tía y él lo hacía solo en una cama turca hasta las cuatro de la madrugada, cuando se despertaba encendía una vela y leía el resto de la noche.

En Córdoba dirigió el negocio familiar de alcabalas, instalándose en Valladolid en 1919 donde fue abogado del Bando Hispanoamericano. Siempre veló por Francisco Umbral al que Leopoldo conoció siendo un niño en su propia casa.